

De republicanos a “rojos”. La imagen de la República en la prensa nacional durante la guerra civil (El caso de *ABC* de Sevilla)

Concha Langa Nuño
Universidad de Sevilla

Hemos centrado nuestra comunicación en la imagen que del régimen republicano ofreció la prensa nacional. Elegimos el diario *ABC* de Sevilla por su gran protagonismo en la zona franquista por una gran difusión y por estar en el representados los más importantes intelectuales simpatizantes con los sublevados.

We focus on the way the Republican Regime chose to project its image in the national press. We chose the daily newspaper *ABC*, which is published in Seville, for its importance in the area controlled by Franco, for its wide distribution, and for its views which reflect the most important intellectuals and rebel insurrectionists.

El golpe de Estado del 18 de julio de 1936 cambió por completo la Historia de España. No sólo fue el principio del fin de la II República, también acabó con muchas ilusiones al prolongarse el estado de excepción democrática durante la larga dictadura franquista. Si la guerra en los frentes de batalla fue terriblemente dura, no lo fue menos en las páginas de los periódicos. En uno y otro bando se desarrolló una prensa con grandes recortes de libertad y tremendamente politizada, mucho más brutales en el nacional (prolongados y legalizados en la Ley de Prensa de 1938). Los medios de comunicación, sin excepción, pasaron a trincheras en las que se atacaba al bando enemigo pues en una guerra civil de las características de la española, la propaganda jugó un papel fundamental. Descalificar a la otra facción de cara a los desafectos o poco convencidos en el propio territorio; de cara a los simpatizantes en la otra zona o buscando las simpatías en el extranjero, devino en crucial.

Efectivamente, cuando se analiza la opinión vertida en un diario de la importancia que *ABC* tuvo en el bando nacional durante la guerra civil, se comprueba el lugar protagonista de las menciones a los republicanos. De los casi 2800 registros que contabilizamos entre artículos de opinión, editoriales y crónicas opinativas, hemos anotado 542 sobre los republicanos españoles. La mención a los republicanos, ya fuese al referirse al bando enemigo, ya a políticos concretos, o al régimen de la II República, se llevó a cabo de muy variadas formas, pero corrientemente se generalizó el uso de la palabra “rojos” pues la

simplificación en su descripción fue la tónica. No obstante, algunos grupos recibieron una mención aparte como los separatistas o los masones. Ello nos llevó a utilizar diferentes registros. Por ello, a los 542 registros antes mencionados habríamos de añadir los destinados al separatismo –69– o a la masonería –7–, con lo cual los artículos que aludieron a los enemigos superaron los 600.

Antes de pasar al análisis de los textos, permítasenos una introducción a la época y al medio estudiado.

No es este el lugar de analizar la significación de la II República en la Historia de España y su competencia en el desenlace de una terrible guerra civil. Aunque los propagandistas nacionales no tuvieron duda que la guerra había sido la consecuencia de la desastrosa política republicana, como vamos a comprobar en esta comunicación, la responsabilidad de los aciertos y desaciertos del régimen que confluyó en la guerra civil no es vista del mismo modo por los distintos historiadores. Tampoco lo es su evolución política, social y militar durante la guerra. De todos modos, nos remitimos a los numerosos estudios que existen sobre el asunto¹. En esta comunicación vamos a centrarnos en la imagen que de los republicanos y la república ofreció *ABC* de Sevilla. Dada la gran cantidad de textos nos vamos a centrar en los que hicieron referencia al régimen republicano y a su desarrollo antes y durante las hostilidades. Aunque también habría que añadir que se insertaron, aunque menos, comentarios sobre grupos políticos concretos: liberales, partidos y sindicatos de izquierdas, masones y nacionalistas vascos y catalanes, y también sobre políticos del otro bando, entre los que se prestó especial atención al presidente de la República, Manuel Azaña. Dada su cantidad, los relegamos para otro estudio.

Hemos indicado en la introducción que *ABC* de Sevilla cobró un gran protagonismo durante el conflicto en el bando nacional. Ese es el motivo por el que lo hemos elegido para esta comunicación. Antes de pasar al análisis de las opiniones que ofreció sobre la II República, nos parece de gran interés comentar el porqué de ese papel estelar.

En primer lugar habría que comenzar recordando que las grandes ciudades españolas permanecieron fieles a la República, por lo que *ABC*, ocupada su edición madrileña, pasó a ser el único representante de los periódicos nacionales en la zona rebelde. A ello se unió el que Sevilla fuera una de las pocas capitales ocupadas en los primeros meses del conflicto. Así, su difusión por toda la geografía ocupada le llevó a

autoproclamarse como el diario de mayor circulación en la España nacional². Aunque deben mantenerse las reservas sobre tal afirmación, no puede menospreciarse, como indica la variedad de la publicidad insertada. De igual modo, al haber sido incautada la sede central en Madrid de Prensa Española, una gran cantidad de los redactores y colaboradores de la empresa escapados a territorio franquista pasaron a trabajar en el diario hispalense. Por todo ello el periódico salió de su, hasta entonces, ámbito local/provincial, para extrapolarse al nacional; *ABC* de Sevilla ocupó el papel de *ABC* de Madrid, sin duda, uno de los principales diarios conservadores de España en los años treinta.

ABC de Sevilla nació en 1929, en plena Exposición Iberoamericana, por expreso deseo del fundador de *Blanco y Negro* y *ABC* de Madrid, el hispalense Torcuato Luca de Tena, que no pudo verlo en la calle al morir unos meses antes. Creció aún siendo en esos primeros años una continuación de la edición madrileña, con la diferencia de una potente sección local. Dirigido por Juan Carretero y Luca de Tena, muy pronto ocupó un lugar en la ciudad como representante de la prensa de orientación conservadora y fuerte defensa de la monarquía alfonsina. Ello le acarreó en sus dos ediciones colosales problemas durante la II República, lo que le llevó a radicalizar su postura³. A pesar de lo anterior, el periódico vio aumentar su tirada en las dos capitales.

Esos enfrentamientos con el régimen republicano explican su incautación en Madrid tras el golpe de Estado del 18 de julio, –pasando a publicarse con la misma cabecera como diario republicano⁴–. Consecuentemente, la adhesión de la empresa a los mandos militares, en este caso, a Queipo de Llano en Sevilla, fue total.

ABC de Sevilla volvió a publicarse el 20 de julio de 1936. Paulatinamente recuperó su esquema formal, añadiéndose secciones nuevas relacionadas con lo extraordinario del momento, como las crónicas de guerra. Por otro lado, contó con un importante equipó humano durante la contienda bélica. Juan Carretero y Luca de Tena siguió siendo su director hasta septiembre de 1938, fecha en la que, gracias a los poderes que la Ley de Prensa de 1938 otorgaba al gobierno, fue impuesto Luis de Galinsoga⁵. Además de una excelente redacción, gozó de cuantiosas colaboraciones de las plumas de los más afamados intelectuales del bando “nacional” provenientes en su mayoría del sector monárquico –especialmente los relacionados con la revista *Acción Española*–. Durante todo el conflicto la publicación se mantuvo fiel a las consignas de los nuevos dirigentes, permaneciendo dentro de un esquema formal mecanicista típico del modelo autoritario. Desde el primer momento, sus colaboradores pusieron sus plumas al servicio de los sublevados para buscar

la justificación del golpe de Estado, algo que continuó durante todo el conflicto.

Dada esa actitud de *ABC*, se entienden sus ataques al régimen republicano, enemigo para la empresa antes y después del 18 de julio de 1936, lo que el diario recordó a sus lectores en una etapa de posicionamientos ineludibles.

Vamos a pasar al análisis de esos textos, aunque de entrada se observa una cronología en cuanto al tipo de opiniones. Las alusiones y censuras surgen, primero, para justificar la sublevación y, con ello, culpar al bando gubernamental de todos los males pasados que habían llevado a la “necesidad” del 18 de julio; más tarde, se precisa respaldar la guerra, y entonces se les achacó todas las crueldades presentes. Desde el principio se proyectó un perfil maniqueo del régimen que *ABC* ya había iniciado, especialmente desde febrero de 1936. De hecho, alguno de los temas tratados, por ejemplo el del separatismo, ya eran clásicos de sus páginas de opinión⁶. De cualquier modo, esa imagen negativa creció, en lugar de disminuir, durante el propio conflicto, como vamos a observar en las siguientes páginas.

Dada la ingente cantidad de comentarios sobre la República, vamos a dividir esta comunicación en varias secciones. En la primera ofrecemos un análisis de la imagen que se dio del bando contrario, ya fuese antes o después del 18 de julio. En el siguiente apartado haremos un recorrido por los crímenes y pecados más habitualmente recriminados al otro bando, para concluir con un resumen de los insultos más frecuentes sobre la República.

1. El régimen republicano: seis años de desastres incrementados después del 18 de julio

En las páginas de *ABC* hemos comprobado que la justificación más utilizada para el golpe de Estado y la guerra posterior, fue presentarla como una defensa ante las provocaciones republicanas. Unas provocaciones e ilegalidades que se iniciaron desde el nacimiento del régimen y que crecieron en determinadas etapas, especialmente durante la guerra. Sin embargo, antes de analizar la imagen de la II República en *ABC* hemos de apuntar que algunos colaboradores del diario buscaron las causas de los presentes problemas hispanos en períodos anteriores. De hecho, fue bastante común el recurso al pasado para explicar el presente. Si para los colaboradores de *ABC*, sin excepción, la II República significó el mayor desastre de la Historia de España, fue habitual retroceder en esa historia decadente a la Restauración por la corrupción del sistema democrático, pero los hubo que miraron más lejos y vieron en el siglo XVIII el inicio de las calamidades patrias por su abandono de las tradiciones españolas y la entrada del racionalismo.

Sin embargo, y centrándonos en los ataques al régimen republicano, observamos que se pueden dividir en dos grandes grupos: los que recordaron sus despropósitos desde su proclamación el 14 de abril de 1931 hasta el golpe de Estado, y los que censuraron su funcionamiento durante el conflicto. Entre los primeros destacan los que intentaron demostrar que la II República nació de forma ilegal –y que su derrocamiento no era en absoluto ilícito–. Comenzamos por los relacionados con el nacimiento del régimen.

El argumento de la ilegalidad del régimen va a ser utilizado por el propio gobierno de Franco en la primavera de 1937 en la Sociedad de Naciones, para legitimar la rebelión militar. Efectivamente, un editorial del diario se adhirió a esos argumentos con firmeza, al que se unen otros artículos hasta el fin del conflicto. En ese editorial, *“Razón y verbo de España”*, de mayo de 1937, *ABC* comentaba las quejas del gobierno nacional por la presencia ante la Sociedad de Naciones de una «delegación de un Comité revolucionario» que suplantaba al gobierno de las terceras partes del territorio nacional, e hizo hincapié en la ilegalidad del régimen como parte de su intrínseca sustancia: desde que se proclamó, utilizó la mentira, al hacerlo sobre la base de unas elecciones administrativas que no arrojaron una mayoría de concejales republicanos en toda España. Mentira había sido también «el curso proceloso y catastrófico de su infame gestión; mentira en este agonizar de su contumacia para el atropello y el crimen». Y continuó con una larga lista de agravios, iniciada por la conculcación del artículo primero de la constitución antes de nacer con la desmembración del territorio nacional al proclamar Maciá el Estado catalán; deshonorada después al atropellarse los derechos legales de un puñado de ciudadanos el 10 de mayo de 1931 que llevó a la quema de iglesias y a la supresión de centenares de periódicos y la detención sin proceso de miles de españoles. Este listado, también incluyó las manipulaciones en ayuntamientos y diputaciones; persecución de órdenes religiosas; sacrilegios; pero, sobre todo, la farsa de la Ley de Defensa de la República: «Ideas, propiedades, fortunas, periódicos, personas, todo a merced del agrio humor de Casares Quiroga o de las secreciones hepáticas de Azaña» (*ABC* 26-5-1937, p. 5.). Así resumió y denunció *ABC* la historia de la República, apuntando a que no existía artículo de la constitución que hubiese tenido vigencia legal un solo día y menos después de lo que se estaba haciendo en Valencia en su nombre. Este tipo de ataque se repitieron con frecuencia. Pocos hicieron un análisis serio de las causas de la llegada de la II República y de la guerra.

No obstante, la mayor parte de las censuras contra el régimen republicano coincidieron con sus aniversarios. Las fechas más tristemente recordadas fueron el 14 de abril

de 1931, fecha de la proclamación del régimen; el 6 de octubre de 1934, momentos en que aconteció la revolución de Asturias; y el 16 de febrero de 1936, aniversario de las elecciones que llevaron al triunfo al Frente Popular. Aunque tampoco se olvidaron el Pacto de San Sebastián, en agosto de 1931; los incidentes del Círculo Monárquico de Madrid, en mayo de 1931; la fiesta del trabajo, el primero de mayo, etc.

Del 14 de abril, jornada inaugural del régimen, existen muchas referencias, siempre de memoria nefasta. Sirva de ejemplo el editorial publicado en su aniversario de 1937, bajo el título “*Derrumbamiento y restauración*”. *ABC* recordó cómo fue de los pocos que vieron la tragedia en el horizonte. Y desde la tragedia que había supuesto el régimen republicano recapacitó sobre todos aquellos que la recibieron con júbilo y que permitieron el crimen: por un lado: «la chusma de prostitutas y de asesinos en los camiones engalanados con las banderas republicanas y comunistas, recorrían Madrid gritando “¡ya se fue, ya se fue!”, no se referían tanto a una persona, ni a un régimen como a todo un sentido un concepto y a todo un sentido de la vida de España»; en el otro extremo esa frase «tenía albricias más refinadas en ambientes académicos y encopetados» en los cuales se había convenido en que era solo un Rey quien se marcharía con su dinastía, «y era, en cambio, una República, solo una República conservadora, eclesiástica y apacible lo que llegaba». Seis años después la celebración del 14 de abril tenía un sentido opuesto pues se trataba del aniversario del derrumbamiento de España: «contra eso y no sólo contra una Dinastía, ni contra un régimen laboraron quienes, ciegos por la imbecilidad o por el rencor personal, no vieron que lo que se derrumbaba en aquel amanecer siniestro era la Patria unida, la fe religiosa, la tradición, la propiedad, la familia, España» (*ABC* 14-4-1937, p. 3).

Con mucho, además del 14 de abril, la jornada que más se celebró fue el 6 de octubre de 1934. La revolución de Asturias se vio como el inicio de los hechos revolucionarios que se habían continuado en la guerra. En su aniversario de 1937 los artículos se multiplicaron con las firmas del “Capitán Nemo”, Giménez Caballero, Manuel Delorme y un editorial de *ABC* (que mantuvo que se buscó la revolución en España, ensayo de la actual, con la orden del partido socialista y la ayuda de separatistas vascos y catalanes). A esa conmemoración podemos añadir el editorial con el que el diario dio la bienvenida al año 1937 y celebró el fin del nefasto 1936, último año del antiguo régimen al que calificó como «el período de la Historia patria más cargado de oprobio y vergüenza». Ese editorial certificaba que si todo el quinquenio resultó malo, el huracán de secesión y abierta rebeldía comenzó a crecer desde el otoño de del 34:

«Fue desde entonces, sin gallardía ni firmeza en la altura, cuando la fiera, más embravecida que nunca, aceleró el ritmo del gran desastre, del que había de ser precursora cercana la jornada del 16 de febrero. Ya sin freno las masas, grávidas de odio y apetentes de reivindicaciones irrealizables; desbordado aquel Gobierno sin autoridad ni decoro, que a ellas debía el delictivo vegetar, por los episodios innobles del más espantoso período de violencia que los pueblos conocieron, llegóse al crimen horrendo, de que el propio Poder envilecido fue coautor, que segó la plenitud de una vida gloriosa de que todas las limpias esperanzas españolas se nutrían...» (ABC 1-1-1936, p. 3).

Observamos en estas palabras la relevancia que también se le dio al del 16 de febrero, fecha de las elecciones que llevaron al Frente Popular al poder, como escalón en los desmanes revolucionarios y criminales. Si un editorial del diario de 1938 llegó a sugerir que aquel triunfo estuvo bien pues de ese modo no se prolongaron los años de agonía de España – aunque hubiese sido aún mejor si no se hubiesen vivido los crímenes, asesinatos, robos, saqueos, e incendios que culminaron con el asesinato de Calvo Sotelo–, José Sánchez-Rivera fue el único que efectuó un análisis más medido y razonable de los auténticos problemas de aquel gobierno del Frente Popular que llevó a la guerra. En “*Leales y facciosos*”, sostuvo que al no aceptar los partidos de izquierda la colaboración de las derechas y el centro para gobernar se pusieron incondicionalmente al servicio de socialistas y comunistas, y así, «140 diputados socialistas y comunistas se habían impuesto a trescientos veinte que la repudiaban» (ABC 24-10-1936, p. 3).

Todos esos problemas de la II República se habían incrementado desde el 18 de julio. Desde entonces, las máscaras habían caído y eran mucho más fehacientes los desmanes y los manejos de la política del que ya era otro bando. ABC ofreció numerosa información sobre el régimen enemigo siempre desde un punto de vista muy particular de su evolución interna y significado y desde luego, no de todos los momentos relevantes.

En los primeros meses de la guerra no se atendió con seriedad desde las páginas de opinión a su desarrollo pues estaban sumidas en el ataque al régimen en sí y a la revolución que se desarrollaba en algunos lugares. Lo cierto, es que como ya indicamos más arriba, los colaboradores centraron sus esfuerzos en justificar el alzamiento basándose en los errores de la República. Más adelante sí se comentó con mucho interés algunas de las crisis más relevantes de los gobiernos republicanos. De este modo, si exceptuamos un par de comentarios del redactor “Juan de Castilla” a finales de 1936 señalando los problemas entre las distintas agrupaciones que formaban el Frente Popular y la falta de poder del gobierno de Azaña, y un concienzudo y bastante realista análisis de la evolución política de la otra zona en el extraordinario del 18 de julio de 1937 titulado “*Crisis rusas. Apuntes para la historia de los*

doce meses de política rusa”, firmado por las iniciales “I.T.” en el que no olvidó destacar los desencuentros entre los grupos de izquierda y la intervención de la Komintern, los primeros acontecimientos comentados en las páginas de opinión de *ABC* fueron los enfrentamientos que culminaron con los sucesos de Barcelona en mayo de 1937.

Es fácilmente comprensible el interés de las autoridades franquistas de informar sobre tales acontecimientos –los comentarios son casi todos editoriales a raíz de informaciones oficiales–. Aún cicatrizándose la unificación en el bando nacional, los choques armados entre afiliados a diversos sindicatos y partidos eran la mejor demostración de que la situación en la España de Franco era infinitamente mejor que la del otro lado y se trocaba en una nueva e inmejorable justificación del alzamiento y de la unidad política impuesta por Franco. La consecuente crisis del gobierno de Largo Caballero y el nombramiento de Negrín, es el siguiente acontecimiento comentado. De nuevo se presentó como el resultado del choque de camarillas, viendo algunos detrás la mano de Prieto y se apuntó como un paso más en el control de comunismo de la otra zona –aumentado por las noticias desde París del cronista Daranas narrando la primera conferencia del Partido Socialista Unificado de Cataluña con la asistencia de representantes extranjeros y la presidencia de honor dada a grandes políticos rusos–. Si todos los sucesos anteriores se vieron por los comentaristas de *ABC* como un paso más en la descomposición de la otra zona, esa idea se intensificó cuando Negrín decidía el traslado del gobierno de Valencia a Barcelona a final de octubre de 1937, más porque, como indicaba un editorial, existía un duro enfrentamiento entre los dos gobiernos malditos, el republicano y el catalán.

Hay que saltar a mayo de 1938 para encontrar un comentario sobre la evolución política de la otra zona. El intento de mediación del presidente Negrín para el final de la guerra al publicar sus *Trece puntos*, recibió los más graves insultos desde *ABC* por ser una nueva argucia de los políticos republicanos. En los siguientes meses, en los que tuvo lugar la batalla del Ebro, cuando se veía ya clara la derrota gubernamental, los comentarios sobre los republicanos estuvieron encaminados a indicar su cobardía por alargar la guerra o por escapar, como el último de sus grandes crímenes. La agonía republicana no motivó piedad en los colaboradores de *ABC*, tampoco cuando empezaron a ser frecuentes las imágenes de refugiados famélicos pasando la frontera. La mayor parte de los artículos se mostraron más eufóricos por la victoria que apenados por el dolor de sus hermanos.

2. Los crímenes “rojos”

La cantidad de artículos destinados a detallar los crímenes cometidos por los republicanos antes y durante la guerra es inmensa. Resultaría complicado hacer un seguimiento de los mismos pues excedería este trabajo. Sin embargo, a modo de muestra, vamos a señalar los más frecuentes.

Hemos de comenzar especificando que el caos, los robos, la anarquía, los asesinatos, la revolución en suma, fue la gran justificación para el alzamiento del 18 de julio. En los primeros meses del conflicto se destinó gran propaganda a esos crímenes “rojos” que se esgrimieron como evidencia de la necesidad de acabar con el régimen que amparaba tales prácticas. Las comparaciones entre ambos Estados en el más puro maniqueísmo fueron repetidas. En suma, se culpaba a la República de todas las enfermedades padecidas por España, para convertir así, al Ejército en el salvador, o en el ejecutor de la cura necesaria que salvase al enfermo moribundo –vieja metáfora que ya usara Primo de Rivera aunque ahora se empleasen otras palabras mucho más violentas–. Las descripciones del otro bando, siempre hablan de caos, desorden, suciedad, robos, persecuciones y muerte...⁷.

Fueron tantos que se presentó a los “rojos” como de los peores monstruos de la Historia. Tal la gran cantidad de atropellos cometidos después del golpe de Estado en la otra zona contra los intereses de personas conservadoras o eclesiásticas que llegó un momento en que resultó reiterativo su relato, evitándose o recurriéndose a algún elemento tangencial. Tal índice de degradación llevó a Víctor de la Serna en septiembre de 1937, en su columna destinada a narrar el asesinato de un invidente de las montañas santanderinas para robarle su reloj, a alegar lo que sigue:

«Si cada uno de los que recorremos España y sobre todo esta España reincorporada por Franco a su destino, escribiéramos acerca de las atrocidades y de las vilezas y de las crueldades que han cometido los rojos, formaríamos un ingente cronicón que sería la vergüenza y el espanto de la Humanidad. La especie humana se cubriría el rostro de vergüenza y de dolor ante una feroz antología del crimen y de la desatada barbarie. Jamás el hombre regresó tan de un salto hacia la sociedad primitiva de la caverna. En este salto, determinado por una raza maldita y por una doctrina satánica, ni siquiera encontró los gérmenes de una vida espiritual. El hombre de las cavernas era al menos un artista y sentía unas sordas y lejanas llamadas de lo ultraterreno» (en *ABC* 25-9-1937, p. 3).

Podemos intentar de todos modos, hacer una lista de los crímenes más habitualmente repetidos. Ésta comenzaría con los asesinatos. Las alusiones generales o concretas a los homicidios perpetrados ya por las masas revolucionarias o por las autoridades se multiplicaron. Entre ellas es inevitable comenzar por el crimen que, según la propaganda nacional, promovió la sublevación: el asesinato de José Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936.

Si Calvo Sotelo había sido el primero, el “protomártir” el resto de asesinados eran también “mártires” de la nueva España, (su primer aniversario fue declarado día de luto oficial completado por numerosos artículos en prensa). Fueron muchísimos los asesinados evocados por *ABC* en artículos de opinión o en las columnas de los cronistas locales o de guerra. Y muchos los asesinados en ambos bandos. Claro que según Manuel Siurot, al evocar los de su pueblo, había una diferencia entre los muertos de uno y otro bando:

«los sacerdotes, los religiosos, los católicos todos que a cientos de miles han sido sacrificados en el ara de este Moloch implacable, no habían cometido más delito que ser hombres buenos: son mártires. Los fusilados por nuestras tropas, previa demostración de sus crímenes horrendos, mueren porque deben morir. No son mártires, son ajusticiados» (*ABC* 29-7-1937, p. 4).

Este tipo de diferenciaciones fue bastante frecuente. Distinciones en todos los ámbitos. Desde un tipo de asesinato típicamente “rojo”, los “paseos” que consistía en llevar en coche al detenido a un lugar aislado y allí pegarle un tiro, iniciado con el asesinato de Calvo Sotelo; las “checas”, centros de detención de determinados partidos o sectores políticos; la figura del “comisario político”, etc. El “Capitán Nemo” nos ofrece un resumen de estos en el tercer aniversario de la revolución de octubre de 1934. Salaverría enumeró, en primer lugar, el haber armado al pueblo, o mejor dicho, a la turba, y permitir todos sus desmanes; en segundo, la evacuación forzosa y en masa de la población civil ante la llegada del Ejército nacional, pues si el caso se había dado en guerras contra un invasor foráneo (como en la Rusia contra Napoleón) aquí se permitía la destrucción de la propia Patria y de los propios compatriotas, algo nunca visto; en tercer lugar, el uso de la infancia como reclamo para conmovir a las potencias extranjeras (tema que recibió especial atención como uno de los más graves crímenes “rojos”). A estos tres delitos de por sí imperdonables, según Salaverría, los republicanos añadían otro aún peor: el prolongar la guerra y con ella el sufrimiento y el dolor, aun más culpable por estar realizado reflexiva y calculadamente, en lo que veía la mano de Rusia. A este último crimen, que ya vimos subrayado al final de la contienda, hemos de añadir la destrucción de ciudades tanto republicanas por los destrozos de las hordas, como nacionales por los bombardeos indiscriminados, subrayándose la enorme destrucción de obras religiosas. Este tipo de comentarios eran más numerosos tras la entrada en las destruidas urbes republicanas, Málaga, Bilbao, etc.

La denunciada situación en la otra zona, también de especial frecuencia, se conocía gracias a una figura típica de la guerra: los evadidos. Muchos contaron sus experiencias o las de conocidos en la prensa. De hecho, periodistas como Mariano Tomás, Luís Escobar, Wenceslao Fernández Florez o Jacinto Miquelarena, habían escapado del Madrid republicano y narraron sus vivencias en series de artículos en *ABC*. Este último llegó a firmar sus artículos

como “el Fugitivo” tras su llegada a la España nacional. También fue muy frecuente el que esas experiencias motivasen libros, siendo un género muy frecuente durante el conflicto – como el de Miquelarena *El otro mundo*, o el Fernández Florez sobre su estancia en una embajada titulado *Una isla en el Mar rojo*–. Todos los relatos de evadidos son semejantes: personas perseguidas por sus ideas monárquicas, conservadoras, por su actitud religiosa o por ser adineradas. Cuentan cómo tuvieron que esconderse en casa de algún amigo o los más afortunados en una embajada, y cómo consiguen escapar. En todos se hace mucho énfasis en relatar las terribles escenas de su población tomada por las hordas, los asesinatos, incendios, saqueos, etc. Manuel Delorme, en su artículo “*Cinismo miliciano. La última comida*”, nos ofrece la impresión que producían:

«Agotados, lacios, envejecidos, el rostro demacrado, dan los evadidos por su atuendo –ropas holgadas, de anacrónico corte, con arrugas y manchas–, la sensación del naufrago, por caridad vestido. Se advierte en su mirada reflejos de angustia, y en todos, hombres, mujeres, jóvenes y viejos, el marchamo inconfundible de sus sufrimientos en la zona marxista» (*ABC* 17-2-1938, p. 3).

Esas vivencias fueron una magnífica propaganda para la España nacional. Se repitieron hasta la saciedad las descripciones de asesinatos injustificados, de la destrucción de obras de arte, sobre todo religioso, de la arbitrariedad del gobierno o la justicia republicana. Pero también se insistió en el caos, hambre y miedo que se respiraban en la otra zona – especialmente evocado fue Madrid, ciudad de muchos de estos profesionales–, pues eran las mejores bazas para una propaganda que no se cansó de señalar las diferencias entre las dos zonas. En el editorial “*Noción de la España roja*”, de abril de 1937, se señaló esa diferencia:

«aunque los ojos que no han visto los horrores innumerables, los crímenes infinitos, no corresponden a corazones que se hayan desentendido del dolor inenarrable de los hermanos españoles, juzgamos como muy eficaz para la formación de una bien forjada conciencia contrarrevolucionaria, la acción que ejerza sobre nuestra España liberada el reguero que dejan en pos de sí nuestros fugitivos de la otra España (...) Hay que cerrar el paso inexorablemente – cada cual desde su área de actuación– a las intenciones que se ensayen para deformar la noción estricta de la realidad en la España roja» (*ABC* 7-4-1937, p. 5).

Además de esos crímenes, hubo otros que recibieron especial atención. En primer lugar, la hipocresía e ilegalidad de las acciones republicanas. La hipocresía de las autoridades republicanas que intentaban en Ginebra ante las potencias internacionales ofrecer una imagen de legalidad, y que en la realidad permitían la trasgresión de los más elementales derechos humanos, se censuró con firmeza. Se ofreció la idea de que el campo republicano era un laboratorio para los crímenes de los dirigentes rojos que gracias a su ineptitud permitían que la población se muriera de hambre mientras ellos nadaban en la abundancia y que institucionalizaron los asesinatos y las persecuciones. Sobre esa hipocresía encontramos

muchos ejemplos como el artículo de José Carlos de Luna en abril de 1937 que ridiculizó la decisión del gobierno de Valencia de ir prorrogando de forma mensual el estado de alarma en su zona.

En segundo, y relacionado con lo anterior, su uso de la propaganda como arma de guerra. Para empezar debemos advertir que la prensa de izquierda se inculcó como uno de los elementos que habían coadyuvado a la llegada del alzamiento. De hecho, el tema de la propaganda fue más espinoso de lo que parece y venía de atrás⁸. Después de todo, los periodistas de *ABC* defienden la tesis de que el periodismo se dividía en dos: el buen y el mal periodismo; o sea, el periodismo realizado en la zona nacional, y el otro, el "rojo", el vendido a Moscú, o sin ir tan lejos, el liberal y democrático anterior al alzamiento –dualidad que no es incompatible y queda explicada con la diferenciación entre los viejos conceptos católicos de la Buena y Mala Prensa, aunque ahora con nuevas connotaciones–. A ello se unían los ataques de la propaganda republicana en el extranjero, que aumentan desde abril de 1937. Nos parece relevante que una gran parte vengan del cronista en París, Mariano Daranas, al hallarse en el lugar más privilegiado para observar su fuerza. Si fuera los gubernamentales vencían en el terreno de lo propagandístico a los nacionales, dentro se intentaba vencerles mediante la propaganda difamatoria como ya hemos comprobado en todos sus frentes, o la contrapropaganda. Así lo hizo Bonmatí de Codecido quien, en mayo de 1937, llegó a negar los asesinatos del bando nacional atribuyéndolos a la falsa propaganda republicana:

«Ahora bien, no es este el aspecto más canallesco de su propaganda sino aquel que, a fuerza de mentiras, trata de arraigar en el ánimo de los españoles equivocados que todavía con ellos, el convencimiento de que, seguir allí, es el único medio de prolongar la vida. A los dirigentes de esa campaña miserable que sacrifica en falsedades tantas vidas españolas, les consta muy bien que en nuestro campo no se asesina vilmente como en el suyo, ni se mata a nadie que, por voluntad o azar, se pase a nuestra zona, so pena que venga con las manos manchadas de crímenes imperdonables. Y así, a fuerza de mentira y de terror, logran sostener en pie un Ejército de españoles engañados, temerosos del látigo soviético que les esclaviza» (*ABC* 7-5-1937, p. 4).

En tercer lugar, en ese juego de defensa y ataque, otra de las culpas republicanas más graves vino de su labor a favor de los intereses de potencias extranjeras en lugar de los puramente españoles. Se trató de otra de las claves para diferenciar ambos bandos: el de los auténticos españoles defensores de la Patria y el de los que la vendían por dinero. Obviamente la potencia más citada en cuanto a las interesadas en repartirse las riquezas españolas fue la Unión Soviética, pero también se citó a Francia, a Gran Bretaña, e incluso a los judíos. Las ayudas alemanas e italianas recibidas por el bando nacional no impidieron el encono con el que se trató esta cuestión. Al definir al otro bando como la anti-España, primeramente, se le

desvirtuaba: los auténticos españoles eran los nacionales, los que luchaban con Franco con lo que no se trataba de una guerra civil, sino de una guerra de liberación. En segundo término, el tener enfrente un enemigo foráneo le hacía no ser un hermano con lo que las críticas propagandísticas o militares eran más fáciles de formar. En tercer lugar, el presentar a los gobernantes republicanos como vendidos al oro extranjero, laborando para intereses forasteros aún les hacía más reprochables. Aunque son muchos y variados los ejemplos, permítasenos indicar el modelo más habitual y reiterar en el aspecto extranjerizante que conllevaba esa noción de anti-España. Ignacio Suárez Somonte en *“La anti-España y la España imperial”*, nos ofrece esa imagen dual que describe así:

«La anti-España trae viejo origen y tuvo larga gestación en la decadencia de España, como cansancio o agotamiento de las grandezas pasadas. En nuestros tiempos dieron vida a la anti-España una falsa y absurda democracia, con el socialismo internacional y el coro de nuestros intelectuales institucionalistas, que fueron entre todos desarticulando poco a poco la vida nacional, relajando las familias y las costumbres con el veneno materialista que se fue vertiendo en todas las clases y grados de la enseñanza y se extendió en criminales propagandas en las masas obreras, ayunas de cultura y de preparación cristiana» (*ABC* 10-3-1937, p. 3).

Como puede observarse, el socialismo, marxismo, y los intereses soviéticos son los más esgrimidos. Aunque a veces se basaron estas censuras en situaciones reales que se exponen, en la mayor parte de los casos, se trata de pura propaganda que busca una respuesta emocional. Es lo que ocurre con la Unión Soviética, potencia que estaría detrás del Komintern, órgano de la Internacional socialista cuyo fin era extender la revolución por el mundo. Es lo mismo que ocurre con la Masonería, otra institución muy utilizada, o el judaísmo, menos frecuente, aunque en muchas ocasiones unido a los dos anteriores, en lo que fue la creación del “Contubernio judeo-marxista”.

En fin, son textos a los que no se les puede conceder ninguna seriedad, pero sí dignos de tener en cuenta porque por su carácter irracional y propagandístico también ejercieron influencia en la creación de ese ambiente de odios profundos en el que concluyó la guerra. Aunque ya hemos visto los principales pecados censurados, la enorme cantidad de insultos vociferados nos lleva a terminar esta comunicación recapacitando sobre los más frecuentes.

3. Comparaciones e insultos

Las comparaciones e insultos contra el enemigo ocuparon un lugar preferente en toda la literatura bélica. Se comparó a los republicanos con los peores monstruos del presente o de la Historia, del mismo modo que se les achacó los defectos más espantosos. Se barajaron todas las ofensas conocidas y los hubo que buscaron nuevos adjetivos para definir engendros hasta entonces inéditos, aunque al final, en definitiva, los términos más usadas fueron

simplemente “republicano” o “rojo”, los máximos insultos en sí mismos. Y todo ello desde un simplismo básico y utilizando el maniqueísmo más directo. Algo que ya vimos en las denominaciones de España y anti-España y que ahora se completa con la de leales y rebeldes, patriotas y traidores, etc. Se trataba en definitiva de crear una imagen del “enemigo” que motivase el odio y las ganas de venganza, y con ello la justificación de la victoria y de su aniquilación. Aunque no sea una tarea fácil, trataremos de resumir los términos más frecuentes en su descripción.

Y no es tarea fácil por su variedad y por su cantidad. Es de interés comenzar este apartado reproduciendo las tribulaciones del redactor “Juan de Castilla” en su artículo “*Se necesita un adjetivo*”, en los primeros meses de la guerra buscando sin éxito ese adjetivo para describir a los responsables de tanta barbarie. No encontraba una palabra que describiese, pues no pretendía insultar, sólo calificar, a aquellos que según él eran responsables de una larga lista de delitos y faltas:

«los que han armado y han alentado a las masas; los que, con un refinamiento de perversión, han estimulado sus instintos destructores; los que, despreciando y vejando todo cuanto supone talento, valor, nobleza, caballerosidad y cultura, han azuzado y han adulado a los ignorantes, a los ruines y a los miserables, solidarizándose con ellos y llamándolos como en la angustiada nota del día en que se tomó Toledo, “lo más honrado y lo único sano del pueblo español”; los que sacaron el oro de nuestro territorio; los que llamaron en su auxilio a las hordas asiáticas; los que califican de “burgos podridos” a los pueblos que veneran a Dios y hacen de la hidalguía y del honor un culto; los que hipócritamente quieren presentarse ante Europa como sustentadores de una mentida paz universal; los que autorizan el despojo y la destrucción de los tesoros artísticos nacionales; los que facilitaron la tea a los incendiarios y la dinamita y la metralla a los cobardes asesinos de ancianos y mujeres, crucificadores de sacerdotes y verdugos de religiosas y a los que regaron con gasolina los reductos gloriosos del Alcázar, ¿cómo habrán de ser llamados para que los pueblos civilizados los execren y la posteridad los maldiga?» (*ABC* 7-10-1936, p. 3).

En los siguientes meses mantuvo esa búsqueda. Si en noviembre de 1936 les tildó de “parásitos”, parásitos que deberían ser regenerados con la ayuda de todos los buenos españoles meses después encontró el calificativo que mejor cuadraba con «la chusma ignara y anónima de los ladrones, de los asesinos y de los incendiarios, cuando intentemos personalizarlos de un modo abstracto, para execrar sus crímenes». Ese adjetivo daba título al artículo publicado a final de marzo de 1937: “*El canalla desconocido*”. En oposición a lo que ocurría al referirse al “soldado desconocido”, estaba ese «canalla desconocido, esencia y personificación de lo más abyecto, de lo más vil y de lo más cobarde de su ralea» (*ABC* 30-3-1937, p. 3). Claro que “Juan de Castilla” no dejó de apuntar que existían otros muchos «canallas conocidos», y que no se podía culpar a la masa de los robos de González Peña de los Bancos de Asturias, o de Marcelino Domingo e Indalecio Prieto que robaron en negocios

de trigos y petróleos.

El caso de “Juan de Castilla” en los primeros meses del conflicto nos da una buena muestra del camino que tomaron estos ataques y de la dirección de la propaganda nacional contra los republicanos. En general, ya hemos indicado que el insulto más habitual lo constituyó la palabra “rojo” o “republicano”. Así, por ejemplo, el marqués de Quintanar, en un texto en el que relataba la destrucción del frente de Madrid, les denominó la langosta roja y Concha Espina eligió “*La peste roja*” como título para un artículo al final del conflicto. Espina mantenía que la peste volvía a llegar de oriente, antes la negra, ahora la roja, antes de Asia, ahora de Rusia, superando la nueva peste roja aquellas terribles imágenes de la peste negra medieval, arraigando en España hasta que un antídoto, el fascismo, había curado al país. En el mismo sentido, Enrique Suñer proponía para los rojos el aislamiento por el posible contagio y, además de citar los lazaretos medievales y la cuarentena moderna, ponía como ejemplo lo que se estaba haciendo en Italia y Alemania, países redimidos, organizados y fuertes: «En casos leves con la discreta vigilancia del ciudadano inseguro; en casos graves con los campos de concentración, las deportaciones a ciertas islas, etc.» (*ABC* 24-12-1936, p. 5).

No sólo el término “rojo” sufrió una devaluación peyorativa, “república” y “republicano” corrieron suerte paralela. Así, se confiere de la columna de “Siul” de 16 de junio de 1937 en el que protestaba al comprobar que el acorazado de ese nombre, antiguo “Reina Victoria Eugenia”, lo seguía manteniendo. Cuando un par de semanas después el gobierno de Franco anunciaba el cambio de denominación por “Navarra” un editorial se congratuló, lo mismo que Quintanar unos días después.

Además de estos términos, se retiraron otros insultos. Como resulta imposible aludir a la mayoría elegiremos un ejemplo de cada una de las principales “virtudes” del enemigo. En general se les presentó como grandes asesinos y criminales. En esa línea, Mariano Tomás a principios de 1938 manifestaba haber leído en un periódico extranjero –que no cita con lo que la noticia pierde credibilidad– que algunos personajes republicanos se encontraban en los museos de cera junto a los grandes asesinos de la historia, mientras en otro artículo les acusó de ser peores que los vampiros. Por su parte la escritora Sofía Casanova, en septiembre de 1937, se preguntaba por los trastornos psíquicos podían llevar a los políticos valencianos a tan siniestra actuación, aunque más grave le parecía el caso de la alianza con ellos de hombres cultos, sensibles al bien, a las artes, a los postulados de progreso con las hordas.

Otro de los insultos más frecuentes fue el de cobardes. Resultaba una falta muy recurrente teniendo en cuenta que estamos analizando propaganda de guerra. Frente a las

escasas ocasiones en las que se reivindicó el valor del adversario, las más se les despojó. En abril de 1937, después de la derrota nacional en Guadalajara y comenzada la ofensiva en el frente norte, Mariano Daranas en “*¿Y por qué habrían de ser valientes?*”, se negaba a admitir la posibilidad de la valentía contraria, e incluso se enfadaba por este tipo de aserciones en los medios nacionalistas que intentaban no menospreciar al contrincante. Además de acudir a la etimología de la palabra valor, también argumentaba que los “rojos” no lo tenían porque si se leía los programas y mandamientos de la lucha de clases no contenían una sola recomendación que encareciera el don de la propia vida por la idea. Si surgía algún valor individual, Daranas lo explicaba por la veta española y le calificaba de nacionalista aún sin saberlo. Añadía que si, en definitiva, era verdad que existía ya un Ejército rojo:

«...ese Ejército no fue creado por el fundente de un ideal sino por el denominador común de circunstancias que, aunque episódicas, no dejan de ser imperativas; el miedo de ser fusilado por la espalda, la certidumbre de que el enemigo victorioso no podrá perdonar determinadas fechorías... Frente a una suma de heroísmo es posible que haya cristalizado un conglomerado de intereses» (*ABC* 29-4-1937, pp. 3-4).

En segundo lugar, observamos que muy frecuentemente se explicó sus acciones desde la envidia. Ésta explicaba para Jacinto Miquelarena en “*Los que eran republicanos...*”, la actitud de los políticos republicanos en tiempos del régimen del 14 de abril: «España estaba infestada de burgueses malogrados, de pequeñas mujerzuelas envidiosas, de traidorzuelos de su destino, de egoístas de la política, de simuladores de la cultura, de aspirantes al tráfico de influencias, que sólo podían esperar algo del régimen republicano» (*ABC* 23-4-1938, p. 4). Más contundente se manifestó Wenceslao Fernández Florez en “*El hidalgo de usted es un objetivo*” al aseverar que la envidia era bolchevique y la fuerza que motivaba a los “rojos” a continuar la lucha, pues no luchaban por una idea que hubiesen creado, o por un Dios, o por su independencia, etc.:

«Una terrible pasión les empuja: la envidia. Envidia de los que no pueden ser nada contra lo que ha logrado distinguirse en algo. Envidia de la riqueza, de la belleza, del talento; envidia del que tiene un alma miserable o encharcada de tópicos contra el que posee una serena hermosura moral o ideas bien elaboradas; hasta envidia del que posee una bandeja de plata, una camisa de seda... Es la revolución del lodo, del polvo, de la arena, de lo sucio, de lo inútil, de lo menudo, que sabe lo que es y lo que no y que no halla otro medio de dignificarse que el de convertirlo todo en arena, en polvo y en barro» (30-4-1928, pp. 4-5).

Otro de los atributos que se concede a los enemigos es el de mentirosos. Realmente de lo que se les acusa es de su propaganda engañosa y aunque ya lo hemos incluido como uno de los crímenes que se les imputan, también es un insulto recurrente. En enero de 1937 un interesante texto de Eugenio Montes titulado “*Ejemplos al revés*”, explicaba que la radio republicana era utilizada para difundir falacias pues ciertos personajes como Ángel Osorio,

Alberti y Bergamín, habían terminado soviétizando la radio: «están endemoniados, con las serpientes en el alma y en el cuerpo, retorciéndose y devorándose a sí mismos, comiéndose, monos de imitación y revolución, la cola. Devorándose a sí mismos, porque no tenían hambre y sed de verdad, sino hambre y sed de mentira» (*ABC* 22-1-1937, pp. 3-4).

Y si Tassara en septiembre de 1938 les acusaba de malgastadores al recordar la costumbre de los viajes oficiales en el antiguo régimen, Fernández Florez criticó el enchufismo como hábito republicano en varias ocasiones, explicándolo en enero de 1939 en “*El oficio de no ejercer el oficio*”. Si en Francia acababa de conocerse un caso de este tipo y fue visto como un gran escándalo, Florez recordó lo habitual del mismo en la España republicana con la búsqueda de cargos oficiales o de puestos en el consejo de administración de empresas –las empresas modestas se buscaban un subsecretario, y las de alto rango, por lo menos, un ex ministro–: «hubo compañías mineras que carecían absolutamente de minas, pero eran dueñas de un local con sillones donde periódicamente se sentaban varios ex ministros, para guiar las deliberaciones suntuosamente remuneradas por el Consejo de Administración» (*ABC* 5-1-1939, pp. 4,5). Ese tipo de costumbre habían aumentado al llegar la guerra según Julio Camba quien especificaba que ese concepto del Estado-merienda en la guerra se traducían en que sólo comían aquellos que conseguían una embajada o algún otro tipo de cargo, cargos que eran vistos no como un deber, sino como la posibilidad de sacar tajada.

Después de todo, en los años republicanos se concentraban los más curiosos delitos. José Carlos de Luna a finales de 1937 en “*Comentando y augurando*”, les reprochaba su cursilería:

«Lo cursi, en aquellos años memorables, era de tres órdenes: abyecto, fúnebre o refulgente. Siendo muestras vivas de cada grupo Companys, Fernando de los Ríos y Álvaro de Albornoz: bombardino, fagot y clarinete de la trágica murga que ensayaba marchas triunfales en deshonro de la madre Patria» (*ABC* 24-12-1937, p. 6).

En definitiva, todas sus características eran defectos, y todos sus símbolos negativos, como indicaba Wenceslao Fernández Florez al referirse a su saludo puño en alto, como el de la mano cerrada y el odio en un largo artículo de enero de 1939. No obstante, fueron muchos los comentaristas que hicieron una diferenciación entre los “rojos” y, como ya hemos podido observar en algunos textos, culparon especialmente a los jefes republicanos. Si un editorial de *ABC* de septiembre de 1937 subrayó el egoísmo de esos dirigentes que en un canje realizado por la Cruz Roja internacional sólo se habían preocupado por salvar a sus familiares y a los jefes importantes, Camba en enero de 1938 opinó que los republicanos no pensaron hacer la revolución mientras les fue bien. También se reiteró que los defectos generales antes citados

se intensificaban en los jefes. Es lo que ocurre por ejemplo con la envidia que Fernández Florez subraya como la responsable de que un hombre pudiera superar ciertos límites. Evocando el argumento de su famosa novela *El malvado Caravel* imagina a un hombre que sale del Ateneo y envidia los magníficos libros leídos, los lujos de los demás, etc. y este hombre, imagen de Azaña, termina creyéndose merecedor de todo lo que los demás poseen y organiza una banda para obtenerlo. Lo mismo ocurre con el adjetivo de cobardes. De hecho, la peregrinación de altos cargos del Frente Popular primero desde Madrid a Valencia, y luego al extranjero, siempre se leyó como una muestra de cobardía y deserción. Escapada que siempre, según la columna de *ABC*, “*Temas varios. Fugitivos con viático*”, se hacía retribuida a costa del dinero del Estado.

Después de todo, algunos comentaristas –los menos– realizaron una diferenciación entre los gobernantes, quienes habían formulado las órdenes, y quienes se habían limitado a obedecer. No podían ser iguales los que habían inculcado las ideas y la maldad y los que se habían dejado llevar desde su ignorancia. De nuevo acudimos a las palabras del redactor “Juan de Castilla” quien en “*La vergüenza de la desvergüenza*” aseveró: «Los crímenes cometidos por las masas ignorantes, más que a ellas han de ser achacables a quienes las envenenaron con sus predicaciones, poniendo las armas en su mano y seduciéndolas con el ejemplo de su rebeldía y de su claudicación». Sobre estos últimos, los verdaderos culpables, el periodista se explayaba y, en el mismo texto, nos dio una primera lista de los que se aprovecharon:

«Y sin embargo, más que los propios horrores perpetrados por los forajidos o alentados por sus groseros directores, asusta la repugnante colaboración de aquellos otros personajes que por su procedencia y significación, o por su preparación intelectual, no vacilaron en avenirse a la infame mescolanza y hasta la procuración, halagando los bestiales instintos de la chusma (...) Quédense el orondo leguyelo y el intelectual oficioso y el tráfuga endiosado, y el político aventurero, y el magnate servilón, y el negociante osado, en la soledad atormentadora de su propia conciencia, que ya serán suficientes los remordimientos para purgar sus delitos» (*ABC* 20-12-1936, p. 4).

Las palabras del redactor se refuerzan con las de otros colaboradores del periódico abriéndose el abanico de matices en esta imagen extremadamente maniquea. Una dicotomía que se hizo paternalista e insultante en José Fernández Mayoral: «¡Canallas! ¡Farsantes! ¡Criminales! ¿Por qué despertaron los instintos perversos del niño bueno, el pueblo? ¿Por qué no respetaron la fe y la esperanza de su sueño dulce? (*ABC* 24-12-1936, p. 4).

Algunos pretendieron que esas faltas eran todas de origen foráneo y ajenas a la esencia española. En un extenso artículo el marqués de Quintanar acudía al extranjero y a la historia para crear el adjetivo con que denominar a los enemigos: los thermidorianos. Si,

como ya hemos comprobado, los males que habían llevado a España a su crepúsculo histórico se iniciaron con las ideas de la Revolución francesa, el aristócrata asimilaba a los políticos republicanos con aquellos thermidorianos que acabaron con Robespierre en una lucha egoísta por el poder y encima recibieron la aclamación del pueblo, comportamiento repetido en todas las revoluciones.

En definitiva, se les mostró como la oposición del bando nacional en todo. El maniqueísmo de la propaganda nacional se intensificó y las comparaciones resultaron el modo más habitual de criticarlos. Manuel María Lambarri en febrero de 1938 en “*Los dos estilos*”, puntualizaba que la disparidad asombrosa al hacer la guerra dos bandos de la misma raza, de idéntica tradición y solera, procedía de los diferentes principios morales que inspiraban a unos y a otros. Los de los nacionales, mantuvo, estaban basados en los preceptos constantes de la humanidad: el hombre español proyectaba desde su alma una fuerza clara y perenne de lo *humano*. Por el contrario, «ellos» tenían un estilo amañado que venía impuesto por los «poderes que traen de otros ámbitos del mundo los aires de fuera»; no venía de instintos tan profundos sino de la crítica y de la duda y buscaba su «raíz en la Enciclopedia y su tronco y ramas en las utopías económicas y en los cálculos tristes y judaicos de los Engels y Marx». Todo ello se reflejaba en los dos estilos de guerrear: «sus armas principales: la sorpresa, la traición, la búsqueda del punto débil y de la hora propicia. Por eso en sus avances podrán apoderarse de una loma, de una aldea o de un pueblo; pero nunca empujarán fuerte y seguido hasta arrollarnos en una dirección». También se diferenciaban en los medios: «ellos» usaban la dinamita, la gasolina, las fortificaciones a ultranza, la propaganda falaz y mentirosa; «nosotros», seguía, hacemos menos pródiga en agresión, más pausada y serena, pero con un empuje decidido, con enorme poder de profundidad. Entre su modo y el de los nacionales, existía la diferencia entre el genio y el talento: la obra de uno era perdurable, la del otro apenas dejaba rastro, y añadía que en términos mitológicos, los nacionales estarían representados por Marte, y «ellos» por Mercurio y Venus «espíritu judaico, de anónimo y de vitriolo, espíritu de Venus tarada y prostituida, ponzoña y bacterias, chismes de comadre, espíritu que chocará siempre, con impulso débil, con nuestra proyección lenta, seguida y serena hacia el radiante porvenir» (*ABC* 11-2-1938, p. 6). Era una manera de explicar la lentitud de las victorias puesto que las armas que achacaba a los republicanos eran las armas de la guerra, ni más ni menos.

Otros colaboradores explicaron estas diferencias desde la separación que existía entre la guerra y la revolución. En el bando contrario habían pretendido hacer las dos a la vez y eso

explicaba las diferencias entre un ejército de verdad con disciplina y orden y el otro bando que, según Julio Camba en agosto de 1937, lo que se hacía era la revolución que era una juerga, caos, matar curas y comer jamones y torear a burgueses en plazas de toros. En la descalificación general al otro bando y al ejército republicano y sus jefes encontramos las referidas a los militares de carrera a los que se les presentó como militares desleales, y a los milicianos a los que Florez denomina en marzo de 1938 *gansters* refiriéndose a Durruti, Ascaso, etc. También Francisco Casares al final del conflicto les criticó por autodenominarse “leales” y recorrió la historia del régimen y de sus principales figuras para argumentar que no habían sido leales ni al espíritu de su propia constitución, en la que se proscribía la guerra como instrumento de la política internacional, armando al pueblo convirtiéndolo en milicia y provocando la guerra. Aún le dolía más a Casares que la prensa internacional usara la denominación “rebelde” para los nacionales, lo que se convertía en una depredación más, brutal y gigantesca, en sus palabras, entre las muchas que definían los procedimientos de la anti-España.

Hasta aquí una aproximación a los grandes pecados que hacían a la II República culpable de la golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Como ha podido observarse, la simplificación fue el denominador común de todos los textos: se generalizó la expresión de “rojos” en lugar de hablar de las distintas facciones que componían las filas republicanas, aunando a republicanos moderados, anarquistas, nacionalistas o comunistas.

Igual que se simplifica en la denominación, también se hizo en el modo de referirse a ellos. Suman más los casos de artículos insultantes y ridiculizantes que los análisis en profundidad o cercanos a la realidad de la política republicana anterior o posterior al 18 de julio. En este asunto la fuerte carga de propaganda de los textos es la tónica, algo fácil de entender pues en él se reúnen los comentarios sobre el enemigo a batir. Después de todo, se trató de pura propaganda contra un bando enemigo, siendo aún más doloroso que en el otro bando hubiese hermanos. Quizás por eso la propaganda tuvo que ser más violenta.

Referencias Bibliográficas

¹ Destacamos el de GIL PECHARROMÁN, Julio: *La segunda República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002 (1ª edición 1986) y PAYNE, Stanley G.: *La primera democracia española. La segunda republica, 1931-1936*, Barcelona, Paidós, 1995. Otros libros fundamentales: PAYNE, Stanley, G.: *La revolución española*, Barcelona, Ariel, 1971; TAMAMES, Ramón: *La República, la era de Franco*, Madrid, Alianza, 1973; ROBISON, Richard H.: *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y revolución, 1931-1936*, Barcelona, Grijalbo, 1974; JACKSON, Gabriel: *La República española y la Guerra Civil. 1931-1939*, Barcelona, Crítica, 1976; TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La II República*, Madrid, Siglo XXI, 1976; PRESTON, Paul: *La destrucción de la democracia*

en España: *Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Madrid Turner, 1978; GINER, Vicente (dir.): *Historia de la Segunda República, 1931-1939*, Madrid, Giner, 1985; PRESTON, Paul (ed.): *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, Madrid, Alianza, 1986; BEN-AMI, Shlomo: *Los orígenes de la Segunda República: anatomía de una transición*, Madrid, Alianza, 1990; OLAIZOLA, José Luis: *La Segunda República*, Madrid, Espasa Calpe, 1996; CARR, Raymond y FUSI, Juan Pablo: *La República y la Guerra Civil: la crisis de la España contemporánea (1931-1939)*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, TOWSON, Nigel: *La República que no pudo ser. La política de centro en España (1931-1936)*, Madrid, Taurus, 2002, etc. Queremos destacar el trabajo de NUÑEZ PÉREZ, M^a Gloria: *Bibliografía comentada sobre la Segunda República Española (1931-1936)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1993.

² Es algo sobre lo que se deben de mantener grandes reservas. Para conocer la evolución del periódico ver: Francisco IGLESIAS: *Historia de una empresa periodística. Prensa Española, editora del diario ABC y Blanco y Negro (1891-1978)*, Prensa Española, Madrid, 1980. Sobre el ABC de Sevilla pueden consultarse: SAIZ, M^a Dolores: "Prensa conservadora en la España sublevada: *La Gaceta Regional* de Salamanca, *El Diario del Burgos*, y *ABC* de Sevilla. Un periodismo de apoyo al Alzamiento" en ARÓSTEGUI, Julio (coor.): *Historia y Memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1988, tres tomos; y LANGA NUÑO, Concha: "De la Guerra Civil a los XXV años de paz. Prensa y opinión política en la Sevilla franquista (1936-1964)", en REIG y RUIZ ACOSTA, (coords.); *Sevilla y su prensa. Aproximación a la Historia del periodismo andaluz contemporáneo. (1898-1998)*, Grupo de Investigación en Estructura, Historia y Contenidos de la Comunicación, Sevilla, 1998, pp. 79-127. De la misma autora: "Notas para una historia de *ABC* de Sevilla desde sus inicios al final de la Guerra Civil (1929-1939)", en ARIAS, Eloy, BARROSO, Elena, PARIAS, María y RUIZ ACOSTA, M^a José (editores), *Comunicación, Historia y Sociedad*, Universidad y Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 2001, pp. 479-494.

³ Vid. MARTÍN, Francisco de Luis; *El grupo monárquico de "ABC" en la Segunda República española. (1931-1933)*, Ediciones Universidad de Salamanca y Publicaciones Universidad de Extremadura, Salamanca, 1987, p. 29

⁴ La sede madrileña fue incautada el temprano 20 de julio de 1936, apareciendo el primer número del *ABC* republicano el 25. Tras la dirección de Augusto Vivero, pasó a la esfera de Martínez Barrio que nombró como director a Elfidio Alonso. Vid. SAIZ, M^a Dolores: «Los dos "ABC" –de Madrid y de Sevilla– en la primera fase de la guerra civil», en *Periodismo y periodistas en la guerra civil*, Fundación Banco Exterior de España, Madrid, 1987, pp. 93-112.

⁵ Sobre la prensa de la Guerra civil y el Franquismo: BARRERA, Carlos: *Periodismo y Franquismo. De la censura a la apertura*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1995; SEVILLANO CALERO, Francisco: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*, Alicante, Universidad, 1998; SINOVA, Justino: *La censura de prensa durante el franquismo (1936-1951)*, Madrid, España Calpe, 1989.

⁶ Como muestra el estudio del profesor Figueres. Vid. FIGUERES, Fransecs: *Història de l'anticatalanisme. El diari ABC i els seus homes*, Tarragona, El Mèdol, 1997.

⁷ Es cierto que los asesinatos indiscriminados fueron moneda común en los dos bandos. Sobre el caso republicano vid. SALAS LARRAZABAL, Ramón: *Pérdidas de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1977. REIG TAPIA, Alberto: *Violencia y terror. Ensayos sobre la Guerra Civil española*, Madrid, Akal, 1991; MARTIN RUBIO, A. D.: *Paz, piedad, perdón... y verdad. La represión en la guerra civil: una síntesis definitiva*, Madrid, Fénix, 1997; JULIA, Santos (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999. Además existen muchos estudios locales que ayudan a comprender la situación en las dos zonas.

⁸ Ya lo hemos tratado en LANGA NUÑO, Concha: "Justificar una guerra civil: Los argumentos del diario *ABC* de Sevilla (1936-1939)", en *Comunicación y guerra en la historia*, 2004, Tórculo Edicions, Santiago de Compostela, pp. 305-323.